

La Otra Inmigración

Pino Bethencourt
Socia Directora
bethencourt EXECUTIVE DEVELOPMENT

Ayer comí con un amigo holandés que después de buscar trabajo en la industria hotelera durante más de un año, ha decidido montar su propia empresa.

Habla varios idiomas, tiene más de quince años de experiencia en hostelería y ha estudiado en una de las escuelas más prestigiosas del mundo hotelero. También tiene un MBA en su haber, y a diferencia de muchos españoles, ha vivido en varios países, reuniendo una experiencia multicultural que muchos envidiarían.

Es sólo un ejemplo de lo que yo llamo 'la otra inmigración': todos estos profesionales de alto nivel formativo, rica experiencia empresarial, que en sus países de origen formaban parte de la élite socioeconómica generadora de una parte importante de sus economías nacionales.

En definitiva, un riquísimo montón de talento que está llegando a nuestro país buscando una mejor calidad de vida...para darse de bruces con la dura realidad de una sociedad que ha estado cerrada al exterior durante una buena parte de su historia reciente.

Algunos de estos extranjeros acaban encontrándose con otros en su misma situación, y, contrariamente a lo que hacen la mayoría de los españoles, crean negocios que generan valor y empleo para nuestra economía. O se marchan de nuevo a su país, con un sabor agridulce en la boca, y la decepción de no haber encontrado trabajo por no se sabe qué razón.

Esta otra inmigración se asombra de lo bajos que son nuestros salarios en comparación con el coste de vida, por lo menos en las grandes ciudades. Desde americanos o franceses, hasta nórdicos o latinoamericanos, nos preguntan patidifusos cómo hacemos para llegar a fin de mes, y por qué parece que las ofertas de empleo piden un montón de requisitos superfluos, ofreciendo salarios francamente irrisorios.

Luego están los extranjeros de alta cualificación que sí consiguen un empleo en nuestro país, y que prácticamente caen en una depresión cuando intentan trabajar con nosotros. Aún recuerdo a Bill, un

americano con veinte años de experiencia en dirección de proyectos que vino para hacerse cargo de una empresa turística en Madrid.

Bill no entendía por qué sus empleados llegaban tarde por la mañana, aparcaban su coche y se iban directamente a tomar un café al bar de enfrente. Ni para qué se molestaban en ir a reuniones de las que salían cada cinco minutos con una llamada de móvil, perdiéndose los siguientes veinte minutos de decisiones. Y se sentía excluido de conversaciones, decisiones y apoyos informales entre sus compañeros.

Dejando a un lado las manías más o menos compartidas de los empleados de Bill, hay un rechazo, o una *no aceptación*, que se replica de despacho en despacho ante la llegada de un extranjero que hace las cosas de forma diferente. Que tiene más ideas, que quiere lanzar nuevos proyectos, y que a ojos de muchos españoles, quiere 'ponerse medallas con tonterías que no sirven para nada'.

Esto podría entenderse perfectamente si fuésemos los mejores del mundo, pero la realidad es otra muy distinta: según el informe publicado en Enero por The Conference Board– el instituto estadounidense de coyuntura– España registró el mayor descenso de todos los países desarrollados que se agrupan en la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), acumulando tres años de descensos progresivos, y siendo el único país de la Europa de los quince que no aumentó su productividad en el último año.

Por otro lado, tampoco se entiende que tratemos con tan poca atención a los inmigrantes cuando tenemos una tradición de emigración tan marcada. Muchos españoles partieron en busca de otra vida mejor, encontrando muchas oportunidades de fundar empresa, crear riqueza, y generar empleo en países hambrientos de talento. Era un momento en el que nuestros emigrantes aportaron experiencia y conocimiento a cambio de una acogida integradora, en la mayoría de los casos.

La cuna de nuestra escasa acogida a la otra inmigración está en más de treinta años de encierro autoimpuesto. Las fotos de un Madrid poblado casi exclusivamente por españoles hace diez años delatan un cambio brusco en nuestra sociedad. Y como todo ser humano, enfrentados al cambio que supone aceptar e involucrar a un porcentaje creciente de extranjeros en nuestro país, ya estamos contando lo que hemos perdido.

La inmigración ha traído problemas nuevos como la inseguridad ciudadana, la proliferación de personas sin techo, o la llegada de costumbres y creencias ajenas a nuestra forma de ver la vida. Pero también nos ofrece nuevas ventajas: nuevas contribuciones a la seguridad social, la dinamización de la demanda en algunos sectores, y de la oferta de mano de obra en otros. La otra inmigración es una más de las oportunidades que se nos ofrecen, y los datos de la OCDE nos invitan a espabilar: necesitamos todo el talento empresarial que podamos encontrar para mejorar nuestra productividad.

Según decía Jeffrey Immelt, CEO de General Electric en un almuerzo de directivos el otro día, la globalización, el terrorismo internacional, la creciente escasez de recursos energéticos o incluso de agua potable, están conformando un nuevo escenario mundial en el que unos países ganarán y otros perderán.

Si España quiere ser de los que ganan tendrá que ser más lista y más rápida que los demás. Necesitamos todo el talento que podamos conseguir, y debemos esforzarnos por superar nuestros prejuicios de país cerrado, nuestra ridícula rivalidad interregional, y nuestro miedo a la otra inmigración.